

IV DOMINGO DE CUARESMA B/2009

Nuestro Dios es un maestro de historia. Él actúa a través de los acontecimientos y eventos de la historia humana para el bien de aquellos a quien él ama. Su amor y su misericordia son tan grandes que él siempre está listo para intervenir en la historia humana y poner fin a la miseria de su pueblo. Esto es el punto de las lecturas de hoy en este cuarto domingo de cuaresma.

La primera lectura nos recuerda lo que pasó una vez al pueblo de Israel en el curso de su historia. En aquel tiempo, el pueblo abandonó los caminos del Señor y vivió en la infidelidad. Ellos profanaron el templo y contaminaron la nación con el pecado.

A pesar de todo esto, Dios les envía sus mensajeros y profetas para advertirles y hacer que se conviertan. Como la cólera del Señor fue creciendo contra ellos, sus enemigos destruyeron su país y el templo, y los llevaron cautivos a Babilonia. Los israelitas se hicieron esclavos y criados del rey poderoso del Caldeas.

Sin embargo, a pesar de todo esto, Dios siguió amando a su pueblo y siguió sintiendo cariño por ellos. Dios levantó a Ciro el rey de Persia, para liberarlos de la esclavitud en Babilonia, traerles a su tierra y reconstruir el templo.

Este episodio de la vida de Israel nos enseña dos cosas. Primero. Los judíos en el exilio simbolizan a la gente en todo el mundo que está alejado de Dios debido a sus pecados. Sin embargo, es solamente aquellos que son conscientes de sus pecados y anhelan liberación, reconciliación, paz y salvación, quienes pueden ser salvados. La cuaresma es exactamente un tiempo propicio para aquella reconciliación con Dios, con los miembros de nuestras familias y con la gente que nos ha hecho daño.

Segundo. El hecho de liberar a los israelitas de la esclavitud a pesar de su pecado nos muestra que las características más predominantes de nuestro Dios son el amor, la compasión y la misericordia. El período de la cuaresma es un tiempo de experimentar aquella compasión y misericordia de Dios en el sacramento de confesión. Como San Pablo dice en la segunda lectura, “la misericordia y el amor de Dios son muy grandes; porque nosotros estábamos muertos por nuestros pecados, y él nos dio la vida con Cristo y en Cristo”.

Nosotros no somos salvos, sino en Jesús Cristo. Por lo tanto, la salvación no es nuestro hecho; esto es el regalo de Dios que deberíamos aceptar en la fe. Tenemos que reavivar nuestra fe en Jesucristo procurando con todo nuestro corazón vivir de tal manera que traiga alegría al corazón de Dios.

Con la cuaresma, la Iglesia nos invita a ayunar, a orar y hacer obras de caridad. Nunca debemos olvidar que no son nuestras obras las que nos salvan, sino la disposición de nuestro corazón que nos inspira a hacerlas en el nombre de Jesús. En aquella perspectiva, todas nuestras obras deberían estar sobre toda circunstancia para nuestra purificación en Jesucristo. Todo ayuno, oración y obras de caridad que no preceden de un corazón puro, no son aceptados ante la presencia del Señor. Es por esto qué nuestra conversión de corazón en este tiempo de cuaresma es importante.

Refiriéndose al episodio de la serpiente de bronce por medio de la cual los judíos fueron salvados en el desierto, el Evangelio quiere en primer lugar

advertirnos contra la consecuencia de los pecados. Quiere también invitarnos a apreciar el amor de Dios por nosotros al enviar a Jesús al mundo como nuestro salvador.

De hecho, fue cuando los israelitas murmuraron contra Dios y renegaban de haber dejado Egipto que Dios los castigó con la serpiente. Una vez que ellos se arrepintieron, él los salvó por el uso de la serpiente de bronce que Moisés fabricó. Del mismo modo, aquellos que miran a Jesús crucificado en la cruz y lo aceptan, serán salvados y tendrán su salvación eterna.

La muerte de Jesús en la cruz es una gracia que Dios nos ha concedido para nuestra salvación. El que es levantado en la cruz es la realización de nuestra vida eterna; pero está en el mismo principio de su propia glorificación. Por eso, su crucifixión y su resurrección significan lo mismo. Es lo mismo para nosotros: no hay ninguna gloria sin la cruz. Tenemos que aguantar nuestra cruz en los pasos de Jesús a fin de compartir con él su gloria.

Juan nos dice que, “Dios no envió a su Hijo en el mundo para condenar el mundo, sino para darle la vida eterna. Quien crea en él no será condenado, pero aquel que se rehúse a creer ya ha sido condenado, porque él no ha creído en el único Hijo de Dios”.

Independientemente de lo que podría ser nuestra situación personal, Dios nos ofrece siempre, en su hijo Jesús, la posibilidad de cambio y conversión, porque él quiere que nosotros seamos salvos. Una de las implicaciones de tal declaración es que la salvación viene sólo a aquellos que tienen el coraje para cambiar sus vidas y no aquellos que son obstinados y viven permanentemente en su situación pecadora.

Esto es una materia de opción, de valor y determinación. En aquel sentido, no es Dios quien nos condena. Nos condenamos cuando hacemos opciones malas que excluyen a Jesús de nuestra vida; cuando no tomamos a Dios y su palabra como los principios que dirigen nuestras vidas. Somos responsables de nuestra muerte o nuestra vida eterna. Somos responsables de todo lo que pasa en nuestra relación con el Señor. No podemos negar esta responsabilidad.

La historia humana se repite con su variedad larga de oportunidades perdidas, la terquedad de corazón y carencia de la apertura a la gracia de Dios. Y aún, la misericordia de Dios esta siempre a nuestro alcance. Su puerta está siempre abierta a aquellos que se arrepienten y quieren volver a él. ¡Qué mejor temporada que esta para hacerlo la cuaresma! ¡Vamos aceptar a hacerlo ahora! ¡Vamos a escuchar a esta súplica del corazón! ¡Que la cuaresma nos ayude a responder positivamente al amor de Dios mostrado en Jesucristo! ¡Que Dios los bendiga todos!

2 Crónicas 36, 14-16, 19-23; Efesios 2, 4-10; Juan 3, 14-21



Fecha de Homilía: 22 de marzo, 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre de Documento: 20090322homily.pdf